

"La prensa sensacionalista de Norteamérica se deleita morbosamente en atizar el fuego. Día tras día nos viene machacando los ojos y los oídos con fotos y noticias de frailes que se casan y siguen diciendo Misa, curas que se rebelan, monjas que salen por doctrinas condenadas y católicos que protestan contra esto y aquello y lo de más allá. Y así un día y otro día. Mil quinientas mujeres son consultadas sobre si se deben casar los curas; sobre el divorcio; sobre el aborto y sobre el control de la natalidad. Naturalmente hay opiniones para todos los gustos. En seguida vienen los hallazgos sensacionales. El 48% dicen que los curas debieran casarse. El 67% dicen que las leyes sobre el aborto deben ser "liberalizadas". Almas buenas y piadosas que lo leen, ponen el grito en el cielo y predicen que el diablo se lo está llevando todo de calle y que Dios va a mandar sobre la tierra un castigo sin precedente. Y sigue rodando la bola, como si del fallo de un puñado de mujeres con minifalda dependiera el porvenir de la Iglesia de Cristo ante la cual se estrellarán siempre todos los ataques del infierno".

LEMERCIER SE CONVIERTE EN "FUNDADOR" DE UNA NUEVA COMUNIDAD.

Recordarán nuestros lectores lo que sobre la "experiencia" del psicoanálisis freudiano en la Abadía Benedictina de Cuernavaca escribimos en "ECA" (Mayo, 1966, pág. 110).

El "affaire" ha entrado en una nueva fase. A la vuelta de Roma, a donde había sido llamado y donde se le había conminado que abandonara ese camino no aprobado por la Iglesia, el P. Lemercier hizo unas declaraciones a la prensa mexicana en las que afirmaba que había resuelto renunciar al menos temporalmente al sacerdocio y cortar los vínculos que le atan con las estructuras monásticas actuales. Añadía que junto con la mayor parte de sus monjes había resuelto formar una nueva comunidad que se llamaría la "Familia de Emaús", abierta a todos sin distinción de ideologías, religión o sexo. "El elemento unificador de nuestra familia será la fe en el hombre", como inspiradora de "nuestras relaciones fraternales de respeto y amor".

"Un día, —añade el ex-Abad benedictino— matrimonios deseosos de trabajar con nosotros en este rebasar del hombre por medio del psicoanálisis, se establecerán alrededor del núcleo de aquellos cuya vida será 'monástica' en su sentido primero de 'solo', 'soltero', sea por un tiempo hasta prepararse a formar un hogar, sea con carácter permanente, pero sin votos, en una sublimación de su vida sexual. Y a su debido tiempo se formará también un grupo femenino paralelo al nuestro".

Por su parte el Obispo de Cuernavaca, Mons. Sergio Arceo, comunicaba a los fieles estos acontecimientos con unas frases de gran conmiseración y respeto, prefiriendo abstenerse de juzgar a los monjes de Santa María y pidiendo a Dios que "les descubra en esta hora su voluntad y los haga permanecer fieles a ella".

En una conferencia tenida en la Sala de Prensa del Vaticano, Mons. Vallainc ha declarado que el P. Gregorio Lemercier está suspendido "a divinis" por no haberse conformado a lo resuelto por la Comisión Cardenalicia que examinó su caso. ("Osservatore Romano, 17 Junio, 1967).

Para renunciar al ejercicio del sacerdocio, aunque no a la Iglesia ni a la religión, el P. Lemercier debiera haber presentado previamente al Santo Padre una demanda en este sentido, acompañada de la opinión de su Superior mayor, que es en este caso el Abad primado de los Benedictinos. Si además quisiera dejar la Orden, debería conseguir primero un Obispo benévolo que lo recibiera.

Ni que decir tiene que esa nueva comunidad de que habla el P. Lemercier se ha constituido a espaldas de Roma y sin aprobación ninguna suya.

Su libro "Diálogo con Cristo" debe retirarse de las Bibliotecas de los centros de estudios eclesiásticos, por contener afirmaciones teológicas erróneas y observaciones contrarias al buen gusto y que a veces llegan a resultar blasfemas.

Sobre esta aventura fundacional escribía el P. Enrique Meza, S.J.: "Una vez constituida la nueva comunidad de Emaús, ¿no hay un serio peligro de naturalismo? ¿No hay un peligro serio de hacer un cristianismo sin Iglesia, o de hacer una religión sin cristianismo? ¿Una religión basada puramente en elementos humanos?".

¿POR QUE NUESTROS COLEGIOS Y UNIVERSIDADES?

Parece que hay algunos —acaso muchos— que no ven claro las razones de que la Iglesia tenga centros educativos propios. Se piensa que ese esfuerzo estaría mejor empleado en una labor de apostolado directo en las masas. He aquí un comentario a este problema, hecho por quienes asistieron a la III Reunión de Prefectos de Estudios de América Latina, tenida en San Salvador, C. A., en Enero de 1967.

1.—Por eso... no!

Recogeremos del ambiente ciertas frases que pretenden expresar por qué envían sus hijos a nuestros Colegios.

El Sr. Eustasio E. Fernández es un poderoso industrial. Anoche se graduó su hijo mayor de

bachiller en el Colegio de los Jesuitas. D. Eustasio está satisfecho: "Mi hijo ha logrado muy buenas relaciones: ha sido compañero del hijo de Gómez, el banquero; de Oliva el Ministro; de Padilla, el hacendado; y el íntimo amigo de Redondo, el de la Naviera..."

—“Ese Colegio es un sanatorio”. El que así habla es un médico: el Dr. Medrano. “Fíjate cuando desfilan por la avenida: son unos atletas, bien desarrollados... Siempre han tenido fama los Colegios de Jesuitas de que allí se hace deporte”.

—“Yo lo tengo con los jesuitas; enseñan muy bien y les exigen mucho... Además son unos sabios... Te acuerdas del P. N.? ¡Qué bien escribía! Y de las experiencias que presentaba en los actos públicos el P. X.? A los profesores de ahora no los conozco; pero deben ser lo mismo...”

La que ahora habla es la Sra. de Salcedo: “Yo me horrorizo de pensar que Paquito pueda ir a un Colegio laico y hacerse comunista...” (Pero hubo quien le advirtió: “Tú sabes que Fidel Castro estuvo con ellos?”).

La conversación era mientras jugaban canasta. “Has oído el último escándalo? En esas Escuelas pasa de todo... El Director dijo que iba a tomar medidas serias, porque la niña sólo tiene 13 años”.

—“Mientras son niños le hacen caso a uno...; pero en cuanto crecen empiezan a imitar a su padre... Por eso yo lo puse con los Jesuitas: a ver, si lo hago un hombre de su familia, de su casa”.

—“Ya no es sólo eso: siempre los jóvenes han sido medio locos y hay que condescender con ellos. Ahora es que te pierden hasta la fe. El hijo de Telma le vino diciendo que ya no había fuego en el infierno... En el Colegio de los Padres... eso sí: les hablan duro del infierno y los confiesan todos los días...”

—“Aquí hay dos grupos, decía una Sra. muy conservadora: los que conservamos la tradición y los anti-clericales... Yo busqué para Justito un ambiente católico...”

—“Yo creo en las cruzadas, decía el Sr. Navia. Mi hijo tiene que luchar por la Iglesia. Por eso está con los jesuitas”. (El Sr. Navia es un poderoso terrateniente; pero vive en la capital).

—“Yo quiero que se vuelva a aquél ambiente de antes, impregnado todo de fe. En ese Colegio se prepara la vuelta a la verdadera Cristiandad”. El que así habla es el Dr. Fabián, abogado del Obispado.

A los Fernández y a los Medranos; a las Telmas y a la mamá de Paquito (habrá que ad-

vertir que los nombres son todos fingidos?) a todos hay que decirles muy claro:

“Por eso, no! Sólo por eso y principalmente por eso, no!”.

Algunas de las motivaciones son incompletas; otras son falsas; otras son exageradas, como la de llamar sabio a un profesor porque prepara con lucimiento un acto público. (¿Qué obras científicas ha publicado?).

Otras motivaciones reflejan un conservatismo de otros tiempos: si el Colegio de jesuitas fuera lo que debería ser, Paquito le daría a la Sra. de Salcedo la sorpresa de preguntarle: “Mamá, cuánto le pagas a la criada?”.

Las dudas sobre la fe abundan en todas partes y sólo tienen remedio en una presentación del mensaje cristiano que vuelva a las fuentes de la Revelación. El centro no ha de ser el temor, ni el pecado; sino el amor y la realidad incomparable de la vida de hijos de Dios.

La sociedad va evolucionando; se abre paso a la tolerancia. El Colegio católico, si existe, no puede servir para ahondar la división social, ni para defender privilegios. Será para crear la inquietud por la justicia social, aun a costa de sacrificios costosos.

Un Colegio o una Universidad, como se dibujan en esas confidencias, son centros a la defensiva. Y ha llegado el tiempo, no de atacar, pero sí de actuar como el fermento en la masa.

La labor de preservación de la fe y de las costumbres; el mantenimiento de círculos y ambientes católicos, para desde ellos poder influir en “los de fuera” o en “los de en frente”, es una tarea de pastoral, de acción católica, de juventudes de estudiantes católicos. Claro está que el tener a los jóvenes reunidos en un local, el poder disponer de su tiempo, facilita mucho la acción evangelizadora.

Pero la pregunta es obvia. Si sólo se pretende la acción pastoral, ¿se justificaría el derroche de personal, de dinero, de tiempo que supone un Centro Educativo Católico? En ese punto de vista se colocan muchos de los que opinan sobre Colegios y Universidades católicas. Son “pastores” obligados a mirar por sus fieles.

2.—Por eso..., sí!

La vocación profunda de la Universidad, dice el P. Hernán Larraín, no se completa con sólo cultivar la ciencia (llegando hasta la investigación) y con formar profesionales.

Ha de pasar adelante. Es verdad que el científico, el técnico termina ahí: en su profesión, en su investigación, que es llevada a cabo en cada rama según principios y métodos propios.

Pero el hombre sigue preguntando sobre el bien y el mal, el amor y el destino, Dios y el mundo...

El profesional y el investigador son hombres que preguntan o deben preguntar a la Sociología y a la Psicología, a la Filosofía y a la Teología, al Arte mismo la respuesta a una serie de enigmas.

Y cuando el hombre pudiera sentirse satisfecho, el cristiano sigue preguntando. Y entonces es nuestra Filosofía y nuestra Teología las que dialogan con el científico y con el técnico, con el literato y con el artista, con el profesor y con el alumno, con el investigador y con el industrial, para elaborar entre todos una cultura católica, es decir: un sistema de valores objetivos que respondan a las tendencias más profundas del ser humano y que den sentido a su vida y a todas sus inquietudes e interrogantes. El sabio se hace cristiano adulto y es capaz de llegar a cierta plenitud en Cristo.

3.—Aplicación a la Universidad.

El P. Larrain sugiere el modo práctico de realizar ese diálogo universitario creador de la cultura universitaria católica. ¿Por qué no sentarse alrededor de una mesa los representantes de la diversas Ciencias del hombre y de la Naturaleza con los representantes de las Artes y de la Filosofía y Teología? Sobre la mesa aparecerían los problemas que interesan al hombre de hoy: interrogantes sobre la vida, la libertad, el amor, la socialización, el cambio de estructuras, la democracia, la integración, la vida cristiana... Cada uno lo iluminaría desde su propio ángulo: el resultado sería una auténtica cultura universitaria católica.

La irradiación de lo tratado en esas mesas redondas de investigaciones culturales llegaría al alumnado a través de conferencias, de foros, de paneles, de seminarios, y a través de la Revista de la Universidad.

Estaría entonces la Universidad creando y difundiendo una cultura específicamente católica: estaría la Universidad cumpliendo su misión específica.

Citaremos dos textos que confirman nuestro punto de vista.

La Declaración del Concilio Vaticano II "Gravissimum educationis", en su número 10 dice así:

"La Iglesia atiende también con sumo cuidado a las Escuelas de grado superior, sobre todo a las Universidades y Facultades. Más aún: en las que dependen de ella tiende en forma organizada a que cada disciplina se cultive según sus propios principios... de

manera que cada día sea más profunda la comprensión que de ella se alcance y a que teniendo en cuenta con todo cuidado las investigaciones más recientes del progreso contemporáneo, se vea con mayor profundidad cómo la fe y la razón tienden a la misma verdad... De esta forma se logra una presencia pública, estable y universal del pensamiento cristiano en todo el afán de promover la cultura superior, y los alumnos de estos Institutos se forman como hombres de auténtico prestigio por su doctrina, preparados para desempeñar las funciones más importantes en la sociedad y testigos de la fe en el mundo".

S. S. Pío XII decía a los Institutos Católicos de Francia (A. A. S. 42. 735):

"Una pura consideración de dignidad, de tradición histórica venerable ¿bastaría para justificar y explicar tal dispendio de dinero y de esfuerzos? Hay a nuestro parecer otra consideración más importante y vital. La permanente actualidad de los Institutos y Universidades católicas reside en la utilidad, en la necesidad de **construir un cuerpo de doctrina ordenado y sólido, de crear todo un ambiente de cultura específicamente católica...**"

4.—Aplicación a los Colegios.

La visión acertada del Director de la Escuela de Psicología de la Universidad Católica de Santiago de Chile invita a una aplicación de sus enfoques a otras instituciones de nivel no universitario.

La vocación profunda de un Colegio o Instituto católico secundario no se completará con dar los conocimientos básicos, ofrecer los instrumentos de trabajo, enseñar los métodos, crear nuevas actitudes, llegando hasta despertar y cultivar las vocaciones para las letras y las ciencias y descubrir a los futuros investigadores, profesores y administradores.

No se completará con graduar bachilleres o técnicos eminentes en su línea.

Ha de pasar adelante. **Antes que bachiller o técnico ese joven es un hombre que tiene una serie de interrogantes vitales y pregunta la solución, a sus profesores y educadores.**

Me gusta pensar en la comunidad de vida y trabajo de un Colegio de la Compañía de Jesús. Está formada por hombres, jesuitas y laicos, con vocación de educadores y de profesores, con una clara intuición del fin específico del Colegio. Me gusta verlos **reunirse periódicamente para iluminar cada uno desde su propio ángulo los grandes problemas de la adolescencia.** El profesor de Literatura, sabe qué obras se están

ofreciendo en las librerías de la ciudad y en las revistas que llegan de fuera a la curiosidad de sus alumnos (ellos leen mucho más de lo que creemos); el encargado de los Instrumentos de Comunicación social está al tanto de los programas de radio, cine y TV, que educan al alumno más aún que las aulas... El problema por ejemplo, del sentido de la vida es presentado en esa reunión de profesores a través de las últimas producciones y es enfocado desde otro ángulo por el profesor de Filosofía y por el Consejero espiritual.

Mañana será una vocación científica que se suscita al exponer el profesor de las Ciencias de la naturaleza las hipótesis sobre el origen del hombre y al coordinarlas con las enseñanzas del profesor de Religión sobre la aparición del pecado y sobre la existencia del mal.

El joven irá viendo al actuar en los laboratorios, al revolver las bibliotecas, que cada disciplina tiene sus métodos propios que todos respetan. La necesidad de Dios no será para él una mera hipótesis de trabajo literario o cien-

tífico, ni una causa más que influye en el fenómeno en la misma línea que las demás causas; Dios, como dice Caffarena, será el Dios de la profundidad, el fondo último del ser, el Centro del centro que somos.

También aquí citaremos al Vaticano II, en G. E. n. 8:

"La presencia de la Iglesia en el campo escolar se manifiesta sobre todo por la escuela católica. Esta busca, en no menor grado que las demás escuelas, los fines culturales y la formación humana de la juventud. Su nota distintiva es crear un ambiente de comunidad escolar animado por el espíritu evangélico de libertad y caridad, ayudar a los adolescentes para que en el desarrollo de la propia persona crezcan a un tiempo según la nueva criatura que han sido hechos por el bautismo, y ordenar últimamente toda la cultura humana según el mensaje de salvación, de suerte que quede iluminado por la fe el conocimiento que los alumnos van adquiriendo del mundo, de la vida y del hombre".

LOS HIJOS SIN PADRES.

He aquí una de las más tristes consecuencias de las uniones temporales: el "cáncer" de los hijos sin padres, como lo llama el Excmo. Sr. Dr. Francisco José Castro y Ramírez, Obispo de Santiago de María (El Salvador) en una reciente Carta Pastoral. "Angeles sin Dios y sin Cielo, cuyos labios no saben rezar ni su mano persignarse; y crecen en el arroyo de la vida, como cachorros de fiera esperando que se afilen sus dientes y se robustezcan sus garras, para destrozarse mañana las entrañas de la sociedad". Orfandad —comenta— la más dolorosa y bochornosa, porque viviendo los progenitores, los hijos propios carecen del calor insustituible del nido del hogar.

"En la etiología tan compleja de la criminalidad, cada día en auge más alarmante, una de las principales causas o raíces denunciada por los psiquiatras, penalistas, moralistas y sociólogos, es precisamente la carencia indispensable del verdadero hogar cristiano".

"Y esta monstruosidad se evidencia más —dice el Sr. Obispo— cuando es causada por las lacras sociales: divorcio vincular, adulterio legalizado, o simplemente perpetrado; uniones efímeras, pórtico del amor libre".

Urge la necesidad de que los educadores, los padres de familia insistan en el cultivo imprescindible de la virtud de la castidad prematrimonial. Hay que educar al pueblo advirtiéndoles de las tristes consecuencias que tienen para los hijos esas uniones temporales, hasta cierto punto favorecidas por una legislación que equipara a la "compañera de vida" con la verdadera esposa. "Es de justicia —dice— recordar que la ley civil algo ha hecho por los hijos abandonados y huérfanos en vida de sus padres; pero sin culpar a ningún funcionario público, es menester subsanar ciertas fallas en la legislación, que lejos de amparar y proteger a la mujer, la prostituye".

A este respecto recordamos las declaraciones sobre el auge de la delincuencia como problema mundial, hechas por el Dr. Pedro Benjamín Mancía, ("Prensa Gráfica", 21 Oct. 1964, pág. 2) entonces Procurador General de Pobres. Refiriéndose a El Salvador recomendada, entre otras medidas, la promulgación de leyes que frenen el porcentaje mayoritario de nacimientos de hijos ilegítimos, que a su vez en su mayor parte, entran en la categoría de abandonados material o moralmente. "Ya lo hemos dicho en repetidas ocasiones —comentaba— que aun destinando todo el presupuesto nacional a la creación de centros asistenciales, sería imposible albergar a más de treinta mil niños que nacen al año sin ninguna o infima protección familiar".

Según el Anuario Estadístico de 1963, el porcentaje de hijos ilegítimos subía en esa fecha al 64.74% de media, correspondiendo la tasa más alta al Departamento de Usulután con un 74.73%